

*El acontecimiento será  
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

## EDITA

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D  
28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.mounier.org>

Correo electrónico:

[iem@pangea.org](mailto:iem@pangea.org)

## CONSEJO DE REDACCION

José María Berro

Juan Ramón Calo

Antonio Calvo (*Presidente  
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

José Fernández (*SOLITEC*)

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Manuel Sánchez Cuesta

Rafael Á. Soto

José María Vinuesa

Correo electrónico Director:

[lferreiro@interbook.net](mailto:lferreiro@interbook.net)

*El Instituto Emmanuel Mounier  
trabaja desde la sociedad civil al ser-  
vicio de los valores de la persona en  
comunidad. Todas las personas que  
colaboran en esta revista y en el resto  
de sus actividades lo hacen de mane-  
ra voluntaria y desinteresada.*

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones,  
publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Déposito legal: M-3.949-1986

Diseño y producción:



LA FACTORÍA DE EDICIONES

Plaza del Callao, 1 - of. 407

E-28013 Madrid (España)

Teléfono/Fax: 91 521 32 20

Impresión: Color 2002, S. L. (Getafe)

# Persona, convivencia y educación

Teófilo González Vila

Del Instituto E. Mounier

Todo vivir es convivir. El ser-con (el «con-ser») constitutivo de toda realidad es también en todo viviente inevitablemente con-vivir. No podemos, pues, no convivir. Otra cosa es el signo, positivo o negativo, pacífico u hostil, creativo o aniquilador, de ese vivir-con. Cuando hablamos de convivencia, sin más, nos referimos a la convivencia positiva. Esa convivencia no se da en el simple mero mutuo respeto de quienes no se estorban en sus cerradas, aisladas, vidas cercanas. Convivencia no es mera «circum-vivencia», no es el mero vivir-juntos o vivir-cerca-sin-molestar-se. La con-vivencia propia de la viviente realidad humana es aquella en cuya virtud estamos llamados a ser plenamente personas. Y ese convivir pleno y creativo, autorrealizativo como persona, supone la paradoja de que tanto más plenamente se es y se posee uno cuanto más radicalmente se entrega a los demás. Ser persona en plenitud es esencialmente ser, a la vez, plena autodonación. El pleno convivir humano, convivir personal, es un «des-vivirse» en el dar vida a un nosotros vivificante en el que no nos perdemos cuando nos entregamos sino que nos plenificamos, es un convivir «eclesiológico», que engendra y alimenta a la verdadera comunidad. (No sirve a la convivencia, sino que la explota el listo «vivales» o el «vividor»).

Cuando tanto hablamos de los valores en la Educación y ahora, de manera central, hablamos tanto, en concreto, de la convivencia en los

centros educativos, lo hacemos justo iluminados por el brillo de su ausencia. Lo más preocupante no estaría en los casos afortunadamente aislados, de acciones gravemente violentas en el espacio escolar (los centros educativos y su entorno inmediato), sino en comportamientos, cuya alta frecuencia parece convertirlos en «normales», que generan «mal ambiente» hasta impedir que se den las condiciones mínimas requeridas para que llevar adelante la actividad educativa no requiera un verdadero heroísmo cotidiano. Ante el deterioro de la convivencia en los centros educativos, cuya magnitud y persistencia lo ha hecho pasar al centro de la atención pública, se han puesto en marcha no pocos programas, pluri-disciplinarios y pluri-institucionales que, orientados a la convivencia, son, en realidad, programas para la prevención y remedio de la violencia en sus diversas formas.

Cierto es que ha de hacerse frente inmediato a «dolencias» que exigen un tratamiento urgente. Pero conviene hacerlo sin olvidar en ningún momento que convivencia no es la mera ausencia de violencia, como no son paz y amor la mera ausencia de guerra y odio. Ni aun ese objetivo inmediato de ahuyentar la violencia podrá lograrse si no lo hacemos desde el sostenido esfuerzo por alcanzar el máximo de una convivencia entendida como plenitud de unas relaciones comunitarias alimentadas en la mutua benevolencia creativa, en la que ya Aristóteles llamara «politiké filía» (amor social). Y

